

gar visados y respetar su propia legalidad no concediendo asilo político automático a todo el que llegue, para que el llamado *problema de los balseros* se haya desvanecido por completo. Quedan indudablemente muchas preguntas que responder y muchos problemas que resolver, pero sería conveniente que de una vez por todas otorguemos al pueblo cubano el derecho a decidir su propio futuro, y que seamos igualmente capaces de denunciar la actuación inicua de los dirigentes de extrema derecha del exilio de Miami, de sus llamamientos al bloqueo absoluto de la isla, de la compra de páginas de propaganda camufladas como información, opinión o crítica cultural, en numerosos periódicos y revistas de aquellos lugares que se consideran neurálgicos: España es uno de ellos; de la acción supuestamente política que utiliza a los seres humanos como carne de cañón, en la confianza de que cuantos más muertos provoquen más acosada estará la revolución, es decir la independencia de Cuba.

La cuestión clave de todos modos no estará nunca del lado cubano, dado que de este país sólo se exige la rendición incondicional y la pérdida de su soberanía más o menos velada, por parte de los centros de decisión económica y política del imperialismo más inverterado. El profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de

Georgetown, Norman Birnbaum, asesor que fue del Consejo de Seguridad Nacional en la Administración Carter, lo expresaba sin duda con conocimiento de causa: «Incluso presidentes estadounidenses fuertes han encontrado difícil controlar a la CIA. Clinton no está seguro de saber lo que la CIA, vinculada a los cubano-estadounidenses desde su derrota común en la Bahía Cochinos, está haciendo en Cuba, o lo que podría hacer si Clinton emprendiera negociaciones serias. Dejando eso a un lado, toda la tradición nacional de Estados Unidos hace difícil para cualquier gobierno norteamericano aceptar desafíos, o simplemente diferencias, en el Caribe. Estados Unidos ha apoyado a los regímenes más represivos siempre que fueran *amistosos*. La supervivencia de Castro es interpretada por la implícita ideología norteamericana de la dominación no como una anomalía que pasará, sino como una afrenta flagrante». (*El País*, 19-9-94).

La solidaridad con Cuba hace tiempo que dejó de ser un objetivo romántico para una generación que soñaba la utopía, a veces, con raptos poéticos y escasa sensatez, y se ha convertido en uno de los últimos pulsos que nos quedan por echar hoy a las fuerzas masivas de la destrucción de la esperanza. Un combate en definitiva, digan lo que digan y quien lo diga, por la dignidad humana.

Cuba, contra otro 98

Por Roberto Fernández Retamar*

U namuno dijo que no hay que vivir al día, sino a los siglos. Quien pretenda limitarse a lo ocurrido en los últimos días para entender los recientes sucesos de Cuba poco sacará en claro. La querrela entre Estados Unidos y Cuba se remonta a cerca de dos siglos. Desde 1805 Jefferson insistió en que Estados Unidos tenía que devorar a Cuba, entonces colonia española. En 1823, para impedir que Cuba saliera de manos españolas hasta que cayera en estadounidenses, fue divulgada la doctrina Monroe, cuya esencia, como es conocido, es: «América para los americanos», expresión en la cual *América* significa el hemisferio occidental de polo a polo y *americanos* los estadounidenses.

Cuba luchó por su independencia entre 1868 y 1898, y jamás Estados Unidos reconoció a la República de Cuba en armas. Sin embargo, aquel último año intervinieron con supuestos fines humanitarios en nuestra guerra y realizó algo infrecuente en la historia: derrotar a la vez a los dos contendientes, colonialistas e independentistas (había españoles y cubanos en ambos bandos durante aquella contienda

prácticamente civil). Se sabe de sobra la suerte de España. En cuanto a Cuba, fue ocupada militarmente y convertida después en neocolonia hasta que en 1959 obtuvo, al cabo, por sus propios medios la independencia. En *El 98 de los americanos* (Madrid, 1974), José Manuel Allende Salazar escribió: «Desde que Estados Unidos nace a la historia, el destino ha hecho que, de un modo u otro, la isla acabe siendo una pesadilla para los americanos. Cuba es una palabra familiar, atractiva e irritante en el vocabulario del político americano, no sólo de hoy, sino de hace siglo y medio».

Con este telón de fondo puede apreciarse el presente. Lo que en esencia ha cambiado es que Cuba no es hoy ni colonia española ni neocolonia estadounidense, sino independiente: hecho que los actuales representantes de la agresiva política estadounidense no pueden perdonar. Nos han atacado por todos los medios, nos han sometido a un cruel bloqueo durante más de 30 años y nos tienen destinado otro 98. Nuestro deber es impedirlo a toda costa, y así lo haremos. Se me dirá que además Cuba se declaró socialista, lo que Estados Unidos no puede permitir. Responderé que cuando fueron agredidos por Estados Unidos, no eran socialistas ni México ni Nicaragua ni Haití ni la República Dominicana, ni Guatemala ni Granada ni Panamá. Y, en cambio, a China, país

que se proclama socialista, Clinton acaba de ratificarle su condición de nación más favorecida y con Vietnam, país que también se proclama socialista y donde por añadidura murieron decenas de miles de estadounidenses, Washington está normalizando sus relaciones. En un editorial del pasado día 11, *The New York Times* exhorta al presidente Clinton a aliviar las sanciones impuestas por su país a Cuba a fin de evitar un éxodo masivo de cubanos (provocado sobre todo por las múltiples escaseces agravadas por el recrudecimiento del embargo/bloqueo) a EE.UU., cuya política, según dicho periódico, está «congelada en el pasado».

Naturalmente que Cuba requiere cambios. Los está haciendo y hará cuantos sean necesarios sin deshonor. Pero nadie en sus cabales puede esperar que entre tales cambios se encuentre regresar a 1898. Ni lo permitirán los mejores cubanos, sean cuales fueren sus criterios políticos, ni lo desean los mejores estadounidenses. En cuanto a los españoles que no han olvidado la calumnia del *Maine* ni las humillaciones de 1898, es de suponer que deben ver con orgullo a aquellos cubanos que defendemos como Dios manda nuestra estirpe y el futuro que garantizaremos con inteligencia, imaginación y valor.

El País, 26 de agosto de 1994

* Roberto Fernández Retamar es escritor y presidente de la Casa de las Américas de La Habana.